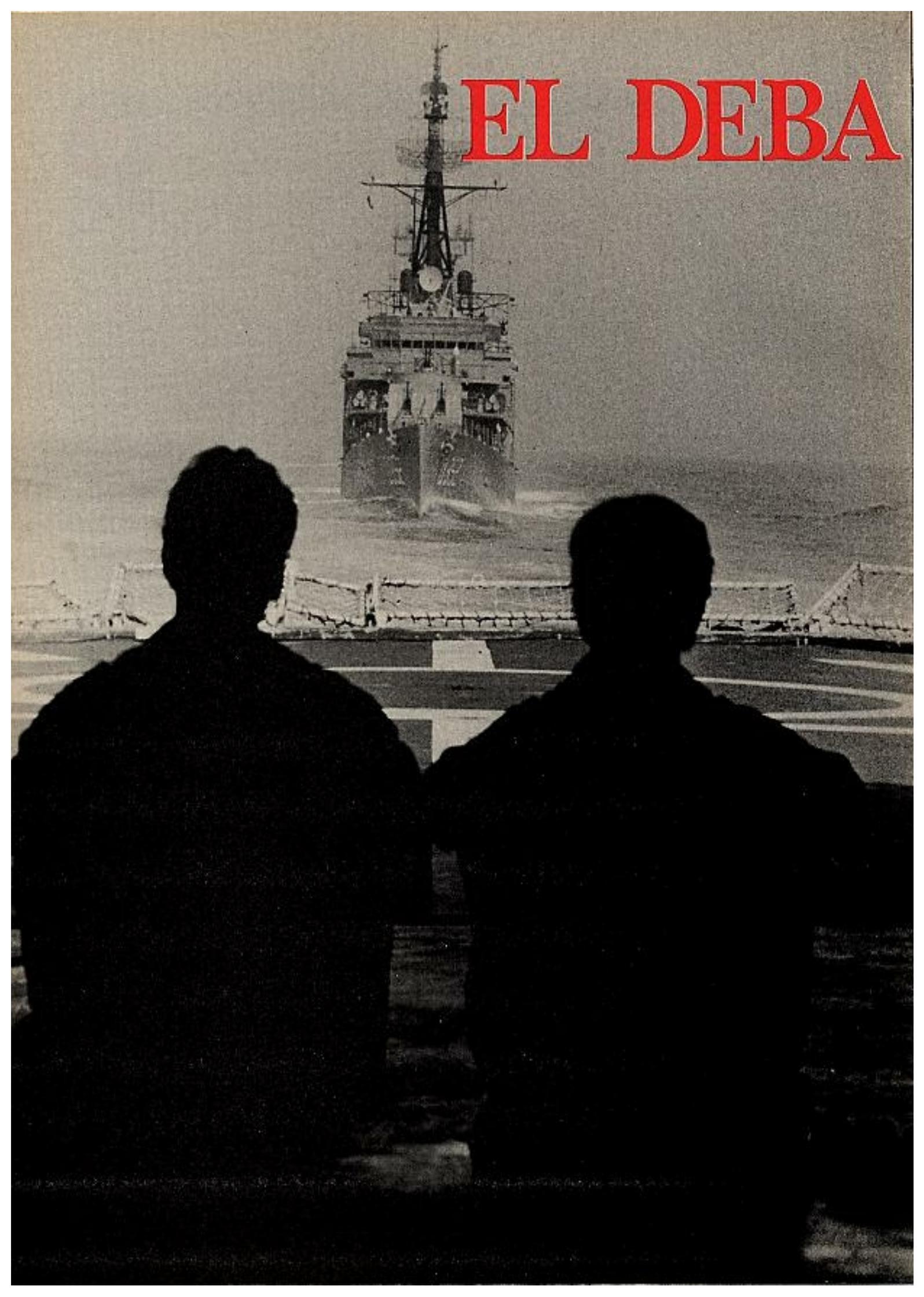


EL DEBA

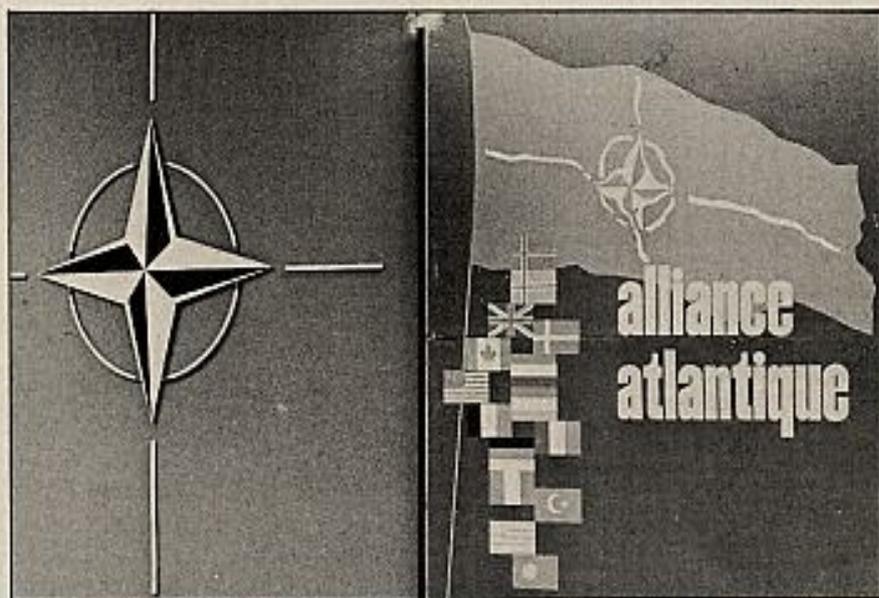


TE DE LA OTAN

UNA vez más estamos asistiendo a un juego de lingüismo político capaz de desvirtuar un tema de interés nacional. Es el tema de la OTAN. Se nos está diciendo, desde los muchos altavoces del complejo de poder, que oponerse a la entrada de España en la OTAN es «hacer el juego de Rusia». La Unión Soviética, en efecto, tiene un interés considerable en que el pacto militar creado para combatirla por la fuerza de las armas no se amplíe en ningún caso; menos aún en el caso de España, que sigue teniendo una posición estraté-

gica determinada. Parece que incluso la Unión Soviética veía la posibilidad de una disolución de los dos grandes pactos militares contrarios, en vista de que el suyo se debilita -Rumania, Polonia-. Por su parte, la política de los Estados Unidos, que tampoco tiene una gran confianza en sus aliados -Alemania Federal, Francia...- pretende todo lo contrario: la ampliación y la firmeza. Carter advirtió que la tónica general de la sociedad de su país era esa: quiso abrazarla, pero llegó tarde. Reagan le ha sustituido para eso. Para intentar volver al redil a los levemente discolos, y para asegurarse otras alianzas que se perdían: Turquía, a costa de un golpe militar; Grecia, que ha vuelto a la OTAN; Portugal, que estaba irradiado cuando todavía tenía una revolución. Y España, que nunca estuvo en la OTAN: irradiado entonces porque su régimen no respondía a unas premisas democráticas, pero recuperable ahora; e instada su recuperación desde la propia España precisamente por los elementos flotantes de aquel régimen no aceptado. La posición de la URSS, la de Estados Unidos, son fácilmente comprensibles, cada una desde su óptica en la gran pugna mundial.

Parece que desde la óptica española la cuestión se debería considerar de una manera independiente: sin pensar que puede hacerse el juego a la URSS ni a los Estados Unidos, sino en aquello que pueda convenir al país. Incluso abstrayéndose de algunos temas de política interior que han deformado la cuestión, y que son totalmente inexactos. Por ejemplo, se ha dicho que la pertenencia a la OTAN era una forma más de garantizar la normalidad democrática, y así lo han visto algunas fuerzas de la izquierda, mientras la derecha del antiguo régimen, por la misma razón, se oponía. Ninguna relación con la realidad. En Grecia fueron las armas y la estrategia de la OTAN las que dieron el golpe de estado «de los coroneles»; y en Turquía el golpe militar acaba de ser recibido sin demasiada molestia por la OTAN -quizá con la única excepción de Bélgica-; y si Portugal hubiese profundizado su revolución, probablemente hubiera sido la misma



OTAN -que ya hizo algunas comparaciones militares en el momento oportuno. En ese aspecto, la OTAN no es ninguna garantía.

La única forma de considerar el tema está en la aproximación o el retroceso de España hacia una guerra general. No parece que haya mucha dificultad en pensar que España debería estar fuera de esa guerra, y en general de las guerras de los otros. Hay una tradición neutral, que se mantuvo en 1914 y se repitió en 1940; en esta última fecha era aún más difícil por la adscripción española a uno de los bandos, y la gratitud del régimen por su ayuda. No sin algunas irregularidades, y en muchas ocasiones por la fuerza de las cosas, se consiguió. Los beneficios, en los dos casos, fueron considerables. Esta posición tradicional está amparada, también, por una especie de dictamen filosófico: si en los últimos siglos España se ha visto privada de los beneficios de pertenecer a Europa, no hay por qué participar de sus maleficios. La neutralidad no abarcaría solamente el tema de la OTAN, sino también el de los trabajos bilaterales con los Estados Unidos, en lo que puedan comprometernos para esa guerra o para cualquier otra guerra.

Sobre esa poco discutible visión del

tema, hay otra: la de si es posible o no es posible. Es decir, si nuestra adscripción al mundo de occidente es ya tan inevitable, y por razones no militares -económicas, políticas, de organización social- y nuestro rechazo a formas de vida que no sean occidentales -las soviéticas- nos impiden ya tomar otra postura, sea cual sea nuestra necesidad de neutralidad. Se superpone otra discusión: la de si esos pactos pueden verse con la filosofía de una protección -en este caso, frente a una posible expansión soviética- para las que nuestras armas solas no serían suficientes; o si, por el contrario, el exceso de protección puede llevarnos a la catástrofe. Hay efectivamente demasiados países que han entrado en una desgracia, probablemente definitiva, por haber querido ser protegidos con exceso.

Todo esto requiere un debate. Tan importante, como que es una cuestión de vida o muerte. Un debate amplio, más allá del Parlamento, de carácter nacional. Con datos suficientes, con análisis claros de la cuestión, en todos los sentidos posibles.

Esta es nuestra contribución al debate: un informe amplio, informado, objetivo. No exhaustivo, naturalmente; y abierto a otras contribuciones, a otros medios de información. ■